

cabellera, todos los colores del iris humano, en e cual hay cien blancos diferentes, cien rosas, pálidos unos y otros encendidos, cien carmines que van del carmín claro de las mejillas al carmín profundo de los labios, y cien azules que principian en el nácar de las venas para terminar en el reflejo de ala de cuervo de las cejas; todo lo que podía ser útil ó agradable al cuerpo, en fin, figuraba sobre el mármol de su tocador. En cuanto á sus trajes íntimos, á sus peñadores de diáfana batista ó de ligeras sedas inglesas, á sus camisillas multicolores, á sus pantaloncillos floridos, bordados, festoneados; á sus corsés y á sus lazos de cinta, eran tan numerosos como elegantes. Cortadas conforme á antiguos y riquísimos modelos, todas esas prendas íntimas distinguíanse de la ropa que en los grandes bazares se vende, como las levitas hechas por Richard se distinguen de las compradas en el Puente Nuevo. Entrè las camisas, especialmente, había algunas deliciosas, ligeras cual si fuesen de bruma rosada, con grandes flores, que marcando las curvas del cuerpo, indicando cada sitio, simbolizando cada encanto, hacían á la bailarina una envoltura primavera y perversa.

Por la mañana, al levantarse, Noemí se pintaba el cuerpo, como otras se pintan el rostro: blanqueabase las piernas ya de por sí muy blancas, acentuaba los cabrilleos nacarados de las venas, y daba á las puntas de los pechos un color vivísimo de geranio.

—Es mi único defecto—solía decir á Luisa cuando esta se reía de sus secretas coqueterías.

VIII

Pensando en su adolescencia y en sus primeros pasos libres por la ruta encantada de la vida, Noemí no sentía ni ternura ni nostalgia, sino únicamente un rencor muy vago contra sí misma, por no haber sabido guiar con más habilidad la primera barca que la condujo á Citeres.

Lo mismo que Luisa, Noemí era hija de una actriz, pero había tenido la desdicha de quedarse huérfana antes de cumplir los cinco años y de caer

entre las manos de su tía Berta, quien la educó, sin maldad y sin cariño, haciendo una obra de caridad familiar al mismo tiempo que un buen negocio. Porque la chiquilla era relativamente rica. Su padre, empresario de zarzuela, dejó, al morir, una fortuna respetable, y aunque su madre, la ligera y alocada Teresita de Bufos y Variedades, hizo lo que pudo por echarla por la ventana, todavía legó, al fallecer, una finca cuyos alquileres producían algo más de cuatro mil pesetas anuales.

—Con eso—decía la parienta—se puede comer perfectamente.

Pero la hija de Teresita deseaba algo más que comer: deseaba cenar en los restaurantes lujosos; deseaba tener joyas, y tener trajes, y llamar la atención.

Siendo aún muy niña, formó el proyecto de vivir como su madre había vivido.

Irene, la antigua camarera de Teresita, iba á visitarla de vez en cuando, y la decía:

—Tu eres más linda que tu madre.

—¿Era muy linda, pues?

—Ya lo creo. ¡Todos los hombres se morían por ella!

—¿Y tenía diamantes?

—Sí, que los tenía. Tu padre la regaló una vez dos sortijas que por lo menos valían cien mil francos cada una.

—¿Y carruajes?

—Uno muy pequeñito, forrado de raso amatista, con un caballo muy grande y muy blanco.

Esos días Noemi no dormía. Soñando en los esplendores muertos de su madre y en sus propios esplendores por venir, pasaba las noches en vela y veía volar, alucinada y febril, entre las cortinas celestes de su lecho de niña, una carroza de plata en la cual iba una Noemi de veinte años, bella cual una estampa y con más collares que la Salomé de Moreau...

Así, cuando cumplió los quince años y su tía la preguntó lo que deseaba hacer de su vida, fué muy categórica:

—Quiero ser artista—dijo.

Y ni los sermones de la parienta, ni los consejos de la maestra de piano, la hicieron cejar un punto de su empeño.

Quería ser artista y lo fué. Entró al Conservatorio y principió á aprender á bailar.

Una mañana preguntó á la antigua camarera de Teresita:

—¿Estuvo en el Conservatorio, mi mamá?

—No—repuso Irene,—no estuvo. Si hubiera estado habría sido la mejor artista de Europa, pues según los caballeros que iban á verla, nadie tenía tanto talento y tan poca escuela como ella. Pero la pobre señora no disfrutó la dicha de nacer con dinero. Sus padres, que eran porteros, á penas podían...

Sintiéndose humillada por tal revelación, la chica interrumpió á la camarera diciéndola:

—Sí, ya lo se...

Aunque en realidad nada sabía, pues para ella la ascendencia comenzaba y terminaba en la madre. En cuanto al padre era generalmente un señor muy rico que moría pronto.

Todas esas ideas iban variando conforme Noemí crecía entre chicas de su edad, en la atmósfera libre del Conservatorio. Lo único que no variaba, ni podía variar, en su alma sigilosa, era la seguridad de que el arte la produciría trajes de seda, joyas riquí-

simas y carruajes dorados. Sus amiguitas, en efecto, hicieronla comprender que los padres de familia son por lo general unos buenos señores que trabajan día y noche para dar de comer á sus cachorros; que las artistas no son siempre ricas; que para una Sarah hay mil Luisas France; que en París son legión las tiples, las bailarinas y las comediantas que se acuestan sin comer; que la vida, en suma, no era siempre de color de rosa, y que muchas veces era gris, gris, gris sucio, gris obscuro... Lo que nadie la dijo y que por otra parte nadie hubiera podido hacerla creer, fué que ella, Noemí, la hija de Teresita, no llegaría á ser una rica hembra festejada, aplaudida, admirada... ¡Sí que lo sería! Deseaba serlo con toda la fuerza de su alma, y lo sería.

Su cariño por Luisa tenía por origen esa idea fija. Una tarde, cuando Noemí acababa de bailar una gavota, con aire de gran señora, su compañera exclamó:

—¡Parece que hubieras nacido en la corte de Luis XV! Tu serás una gran artista,

Macbet debe de haber visto á las hadas que le

ofrecieron la corona, como Noemí vió á Luisa en ese instante.

Desde entonces las chicas hicieron inseparables; y como vivían en el mismo barrio, fueron y vinieron juntas mañana y tarde. El alma orgullosa de Noemí encontró un alma algo esclava en Luisa. El alma dulce y bondadosa de Luisa vió un apoyo en Noemí.

En una ocasión, sin embargo, estuvieron á punto de enfadarse, y fué cuando Eugenio comenzó á seguir las diariamente.—Ambas decían: «Es por mí.»—Y cuando la elegida enseñó á la otra la primera carta y el primer ramillete de violetas enviado por el galán, la desdeñada sufrió una leve herida en su amor propio.

Afortunadamente, una inmensa alegría consoló pronto á Neomí. Un caballero muy bien puesto la hizo la corte, la ofreció palacios y jardines, la dijo que la vestiría de reina, halagóla en lo más íntimo de su vanidad, y obtuvo así lo que otros no habían conseguido prometiéndola eterno amor: obtuvo que una noche la hija de Teresita, la orgullosa, la soñadora de grandes ensueños, se embarcase en compañía suya, con rumbo á Citeres, en un cuarto de

hotel, y que en cambio de sus promesas le permitiese deshojar la flor secreta de su virginidad. Luego el caballero no volvió.

IX

Juntas en Maravillas, Luisa y Noemí seguían queriéndose mucho, aunque ya no del mismo modo que en el Conservatorio, pues mientras la primera sentíase á cada instante herida en lo más íntimo de la sensibilidad por las durezas de su amiga, la otra experimentaba también, con mucha frecuencia, erueles rasguños en su amor propio algo envidioso por los triunfos que su compañera obtenía.

X

Todas las noches, después de cenar, Eugenio dirigíase hacia el concierto de Maravillas, en donde

artistas y empleados considerábanle ya como de la casa. Al entrar, su primera visita era para el director, á cuyas órdenes se ponía humildemente. Luego iba de cuarto en cuarto, saludando á los amigos. Por fin, tomaba asiento en un rincón del saloncillo y principiaba á charlar con los tertulianos sempiternos. De vez en cuando Luisa sentábase á su lado, le acariciaba suavemente durante breves instantes y luego huía de nuevo hacia el proscenio, en donde su presencia era muy á menudo indispensable.

—¡Cuánta suerte tienes!—decíanle los hombres.

Las mujeres le decían:

—¡Cuánta suerte tiene tu queridita!

Porque Eugenio había llegado á gozar de gran prestigio entre las chicas del teatro.

Una noche Rosalba le aseguró, en alta voz, ante todo el mundo:

—Si no estuvieras «casado», me acostaría contigo.

—Para eso—repuso riendo el chico—sería necesario que yo también quisiera.

—Ya lo creo que querrías—terminó la corista.—
Los hombres *quieren* siempre...

Luisa veía las miradas y las sonrisas que sus compañeras dirigían á su amante.

Lo que no veía era las sonrisas y las miradas que su amante dirigía á sus compañeras.

XI

Discreto y orgulloso, Eugenio continuaba pareciendo siempre el mismo reservado caballerito sin grandes deseos y sin agudo ingenio, que sabía contentarse con las caricias deliciosas de su querida y con los goces superficiales de la vanidad satisfecha. Su alma hermética, era la misma en apariencia; pero en el fondo había cambiado algo, ó, mejor dicho, habíase modificado, por causa de la atmósfera malsana del concierto en el cual los perfumes capitosos y las triunfantes desnudeces de las artistas, sugeríanle á cada instante visiones nunca antes entrevistadas, obligándole á soñar en aventuras extraordinarias.

La que mejor sondeaba el fondo de su sér era Ofe-

lia—la sutil, la viciosa, la penetrante Ofelia—que, en su deseo de corromperlo todo, no perdía ocasión de hablar con el amante de Luisa en un rincón obscuro de los pasillos y de contribuir con hábiles palabras á la transformación de un alma joven é indecisa.

—¿Se divierte usted mucho en el saloncillo?—preguntábale á menudo la cantadora.

Y Eugenio, sin saber qué decir, respondía:

—No... no mucho...

—Naturalmente... Un hombre como usted, no puede divertirse entre señores necios y mujeres estúpidas.

—¿Y á dónde quiere usted que vaya á esperar á Luisa?

—A cualquier parte, al café... O á mi cuarto si no tiene usted miedo de inspirar celos. Yo también me fastidio infinitamente en el saloncillo, y si tuviese un amigo capaz de hablarme de cosas con interés... como usted... no saldría de mi celda.

Una noche, al fin, Eugenio se decidió á presentarse en el cuarto de Ofelia, mientras su querida

bailaba, pensando en él, los aires bohemios de Rocario. La ilustre artista encontrábase desnuda, y al oír que alguien llamaba á su puerta, exclamó:

—Estoy vistiéndome... ¿quién es?

—Soy yo—repuso el chico.—Perdone usted... vendré más tarde...

Reconociendo la voz de Eugenio, la cantadora abrió la puerta, y en la apoteosis dorada de su rubia desnudez, apareció ante él.

—Entre usted, entre usted, que para un amigo verdadero yo no tengo nunca secretos... Entre usted...

Un silencio tan largo como penoso reinó en seguida en la reducidísima estancia. Los trajes de que Ofelia acababa de despojarse y que conservaban aún el olor de su cuerpo, yacían sobre la alfombra, formando un nido de sedas y de encajes. Cien aromas de tocador, confundiendo sus emanaciones con el perfume femenino de la carne sudosa, vagaban en la atmósfera. La claridad de la lámpara cuyo globo rosado resplandecía bajo una

cortina roja, daba á los espejos por su luz iluminados titilaciones carnales y vacilantes.

Uno frente á otro, el hombre joven y la mujer viciosa, permanecían de pie, callados. Esta fué la que rompió el silencio, para decir:

—Usted me dispensará que le reciba así, ¿no es cierto?... Entre artistas no es fácil hacerse recibir de una manera muy pulcra. Luisa misma, que es tan seria, debe de encontrarse á veces cual yo me encuentro ahora, cuando sus amigos van á felicitarla por sus triunfos.

Eugenio no se había figurado jamás que su querida pudiese aparecer medio desnuda ante un hombre que no fuera él; y la visión que la cantadora hizo de pronto surgir ante su retina, prodújole una inquietud angustiosa.—¿Luisa desnuda?... Todo su amor propio rebelábase contra tal idea.

Instintivamente volvió la vista á la puerta, como buscando el medio de tornar hacia el sitio en donde podía encontrarse su mujercita.

Ofelia continuó:

—Los hombres no piensan lo mismo que nosotras, y siendo ciegos en las circunstancias serias, conviértense en linceos cuando en verdad la cosa no

vale la pena. Los hombres son mil veces más sensuales que las mujeres. Para ellos, la que enseña la pierna es porque la ofrece y porque se ofrece, cuando realmente ni siquiera enseña nada... Porque dejarse ver, no es enseñarse. Para enseñar algo, es necesario descubrirlo con intención, levantar la falda, por ejemplo... Pero nosotras, las que vivimos generalmente desnudas, no enseñamos nada. ¿Qué hemos de enseñar si no tenemos ningún encanto secreto? Así Luisa, que en la vida privada es honradísima, en el teatro se desnuda todas las noches.

—¿Por qué me habla usted de ella?—preguntó Eugenio, queriendo ser categórico y no consiguiendo sino mostrarse susceptible.

—¿Le ofendo á usted?

—No; pero prefiero que hablemos de otra cosa.

Ofelia se aproximó á él, y sonriendo con su sonrisa enigmática, le acarició las mejillas.

—Soy muy torpe—dijo.—A los enamorados no se les debe decir el nombre de la mujer querida sino rodeándolo de adjetivos encomiásticos.

Después, como recitando ante el público, con la mano izquierda levantada hacia el cielo y la derecha siempre sobre el rostro del chico, prosiguió:

—¡No! ¡no! ¡no se desnuda! ¡no se desnuda nunca!... ¿Desnudarse ella? ¡Jamás! Las santas duermen vestidas, y sólo nosotras, las impuras, las pecadoras, las condenadas, ofrecemos el espectáculo escandaloso de nuestro cuerpo sin pudor á los fanáticos del Vicio... Nosotras somos la perdición y somos el ave de presa, y somos también el abismo tentador, mientras ella es la paloma inmaculada, el armiño sin mancha, la sombra blanca y protectora...

Eugenio murmuró:

—No me hable usted así. Yo la estimo á usted tanto como á Luisa... Pero no se burle usted de ella.

En apariencia, por lo menos, la cantadora mostrábase poco dispuesta á reír. Sus labios crispados y sus pupilas llameantes, denotaban más bien en ella la cólera que la ironía.

—No me burlo de nadie—dijo al fin.—Pero usted, ¿por qué me ofende? Cuando hace un minuto le dije que esto de recibir, casi desnudas, la visita de un amigo podía sucedernos lo mismo á mí que á Luisa y lo mismo á Luisa que á Noemí, usted creyó que la comparación era insultante para su querida.

—¿Yo?...

—Sí, no lo niegue usted... Eso se ve.

En realidad, el pensamiento de Eugenio no había ido tan lejos. Había sentido, sí, que alguien pudiera suponer que su querida dejábase ver desnuda por un hombre cualquiera; mas ninguna comparación humillante para Ofelia pasó por su cerebro. Ofelia le parecía una artista admirable.

—Al contrario—exclamó con verdadera sinceridad,—yo la estimo á usted tanto, que me alegraría de que Luisa se le pareciese...

—¿Aunque no fuera más que en eso de recibir á sus amigos sin camisa?

El chico sufrió de nuevo, ante la visión de su querida desnuda; pero ya no como algunos minutos antes.

—¿Aunque no fuese más que en eso?—insistió Ofelia, tomando asiento á su lado en el diván y contemplándole irónicamente...—¿De verdad?

Alguien llamó á la puerta.

—¡No abra usted!—dijo Eugenio, temeroso sin saber de qué.

La cantadora sonrió, murmurando al oído de su compañero:

—¡Si fuera Luisa!

—¡Soy yo!—gritó Rip-Rip, llamando de nuevo a la puerta.—¿No quieres venir a cenar, a la salida?

Silencio.

Ofelia y Eugenio no se movieron. El clown se alejó al fin, diciendo en alta voz:

—¡Debe de estar con un maquinista!

La cantadora levantóse con un ademán rápido, y yendo hasta la puerta, sacó la lengua y rugió, entre dientes, un insulto contra Rip.

Eugenio se puso de pie también.

...Y la despedida fué rápida y fué helada.

XII

Al ver entrar a Eugenio en el saloncillo, Rip-Rip le preguntó, mirándole fijamente:

—¿Y usted no quiere venir?

—¿A dónde?

—A cenar con nosotros... Creí que había usted oído... Cada uno pagá su cena, lo mismo los hombres que las mujeres... Pero es extraordinario que no haya oído usted...

En Maravillas, como en todos los teatros, las puertas eran transparentes y las paredes tenían oídos. Las cincuenta personas reunidas durante la noche en el espacio pequeñísimo de los bastidores, acechábanse continuamente y empleaban más actividad en descubrir intrigas galantes que en llenar sus deberes artísticos.—Cuando una pareja de enamorados iba a buscar el recato de la sombra en los pasillos interiores, era difícil que dos pupilas, brillantes de curiosa malicia, no turbasen, de lejos, la idílica obscuridad.

Al volver del cuarto de Ofelia sin lograr respuesta ninguna, el clown había encontrado al «telonero», que, desde luego, y sin esperar que se lo preguntaran, le dijo con quién estaba a la sazón la cantadora.

El amante de Luisa, sin embargo, no podía creer que Rip supiese de dónde venía; y tomando por simple humorada la extrañeza de la pregunta, respondió:

—Mil gracias... Vamos á acostarnos.

Luisa aseguró lo mismo. Iban á acostarse... Estaban cansados... Tenían que levantarse temprano.

«Si yo tuviese una queridita así—dijose mentalmente el payaso—ni me levantaría nunca de la cama, ni me echaría jamás en el sofá de Ofelia.»

Luego agregó en alta voz:

—Hacen ustedes bien. Las cenas no sirven sino para divertir á los que no pueden animarse de otro modo. Ustedes, que pueden gozar á solas, no deben perder el tiempo, pues, al fin y al cabo, lo mejor que un hombre y una mujer pueden hacer en este momento, es desobedecer el sexto mandamiento.

—¿El sexto?—preguntó Rosalba—¿Cuál es el sexto mandamiento?

—No pedir dinero á su director—Repuso Ernesto Rocario, apagando las luces del saloncillo y dando la señal de la salida.

XIII

Eugenio seguía meditando sobre su visita á Ofelia, sin lograr darse cuenta de si había hecho bien ó mal. Sus escrúpulos, más que puramente morales, eran prácticos, y lo que en realidad preocupábale, no era saber si resultaba pecaminoso visitar á una actriz desnuda, sino formarse un idea justa de las probabilidades que había de que su mujercita no lo supiera nunca. Porque eso sí: no quería, de ningún modo, disgustarla.

Al comenzar á desnudarse, cuando Luisa, con los brazos descubiertos, se aproximó á él y le acarició tiernamente cerca del lecho, otra duda hizo trabajar su cerebro. «¿Sería verdad lo que Ofelia le dijera dos horas antes? ¿Podría ser cierto que su querida recibiese en camisa á los caballeros que la iban á felicitar?»

Al cabo de un largo rato de cavilaciones, decidióse á preguntarlo; pero la fórmula interrogativa